

INSTRUCCIONES DE CAPITULO



Febrero 1845

Madre Maria Eugenia de Jesús

Capítulos

1845 - 1871

Introducción

Este volumen es el primero de una serie que agrupa las Instrucciones de los Capítulos de Madre Maria Eugenia, Capítulos ya editados y Capítulos no impresos o inéditos.

Los Capítulos impresos cubren los años de 1872 a 1886. Existen también algunos Capítulos impresos en los años de 1888 y 1889. Esos Capítulos, primeramente copiados a mano, luego policopiados según las posibilidades de la época, fueron impresos en la Abadía de Solesmes entre 1898 y 1900 durante el Generalato de Madre Marie-Célestine.

¿Por qué la primera fecha de los Capítulos impresos es la de 1872? La respuesta parece sencilla. Por una parte, los acontecimientos de la Comuna de Paris, en 1871¹, habían provocado bastante desperfectos a Auteuil y la pérdida de documentos anteriores, destruidos y dispersos. Por otra parte, la toma habitual de notas a la ocasión de los Capítulos de 1871 en Nîmes. Más adelante fue a menudo la obra de Sor Marie-Catherine de l'Enfant Jesús (futura Superiora General), novicia en 1872, cuya memoria prodigiosa, ejercitada durante esos años de estudios a la Asunción en Nîmes, podía reconstituir la trama de las instrucciones, recopilada después por las hermanas en diversos cuadernos.

Sobre el primer texto o sobre los borradores, vienen a agregarse las correcciones de estilo o de pensamiento que han llegado a constituir los volúmenes ya impresos.

Ciertos textos están formados a partir de borradores de la misma Madre Maria Eugenia, o de correcciones que ella hizo al texto con otra letra distinta que la suya. Eso se explica en el volumen de los Textos Fundadores, en la introducción a los Capítulos de 1878 (páginas 407 - 408) y en la de los Capítulos siguientes.

Pero antes de 1872, en el Impasse de Vignes, en Chaillot, en Auteuil, y durante sus visitas a las comunidades, cuando Madre Maria-Eugenia se dirigía a las Hermanas, las notas han sido conservadas, a pesar de los disturbios de la historia señalados anteriormente.

Subsisten así en los Archivos las marcas de los Capítulos inéditos (planos, instrucciones estructuradas o simplemente recomendaciones); sobre hojas dispersas o en cuadernos, juntos o múltiples, en donde los textos no siguen siempre una cronología. Fechado o sin fechas, es importante confrontarlos. Sor Jeanne Marie, archivera en los años 1970, había comenzado un primer trabajo de clasificación, bajo la rúbrica de MO 1G. Ese trabajo ha sido continuado, no sin dificultades, pero con la alegría de encontrar a veces una respuesta a unos enigmas.

Estos son los Capítulos o notas de Capítulos, cuyo número es de sesenta y cinco entre 1845 y 1871, que se proponen hoy a la Congregación, en la perspectiva del Capítulo General del año 2000. Están precedidos de una cronología por año, y seguidas de noticias biográficas, con la referencia de los Capítulos.

Los volúmenes siguientes, de 1872 a 1886, ofrecerán una presentación diferente a la de los Capítulos ya impresos con cronología y noticias biográficas. Los Capítulos inéditos de esos años serán insertados en su lugar con una nota indicativa.

En fin, para los años de 1888 - 1889 (algunos Capítulos ya impresos) y 1890 - 1894 (Capítulos totalmente inéditos), un último volumen concluirá la serie.

Ojalá pueda Madre Maria-Eugenia ayudar a la continuación y a la realización de este proyecto.

Sor Thérèse Maylis
29 - 30 abril 2000

¹ Cf. Origenes IV, Capítulo XVII, paginas 304 - 305.

1845

En febrero- marzo de 1845, la comunidad de la Asunción se encuentra en el Impasse des Vignes desde 1842.

Está formada por trece hermanas. Después de Madre Maria-Eugenia y Sor Maria-Augustine, reunidas para la fundación en la calle Ferou el 30 de abril de 1839, Madre Thérèse-Emmanuel y Sor Marie-Thérèse, llegan de Meudon en agosto y octubre; cuatro hermanas que entran en la calle de Vaugirad (Una de ellas, Sor Marie-Josephe, murió en 1843, antes de sus votos perpetuos); cuatro en 1843 y dos en 1844 en l'Impasse des Vignes.

De estas trece hermanas, solamente las cuatro primeras y Sor Marie-Catherine, primera hermana coadjutora que vino de los Pirineos en 1840, pronuncian sus votos perpetuos en Navidad de 1844. Una, Sor Marie-Gonzague, es todavía profesa de primeros votos; seis son todavía novicias, próximas a su profesión. (Entre ellas, Sor Marie-Gertrude, futura fundadora del Cabo), y una ha tomado el hábito en enero.

Para esta pequeña comunidad, Madre Maria-Eugenia prepara las instrucciones de Capítulo para la Cuaresma. Sus notas autógrafas están conservadas en un cuaderno formato 30 X 20 y forman parte del Volumen VI de los Escritos presentados al Proceso de Beatificación, bajo el número 1528. No han sido jamás editadas. El texto que se encuentra a continuación lo reproduce exactamente, señalando en algunos lugares las diversas redacciones que permiten mejor seguir el desarrollo del pensamiento. Las citas bíblicas están en general en latín, y dan algunas veces la referencia del autor en el mismo texto. Han sido traducidas de la Vulgata. La presentación de los párrafos ha sido modificada para una mayor facilidad en la lectura.

αααααααα

CAPITULOS CONVENTUALES

BIBLIOTHÈQUE MARIE-EUGÉNIE
Religieuses de l'Assomption
17, rue de l'Assomption
75016 PARIS

DE

MADRE MARIA EUGENIA



**SOBRE EL BUEN EMPLEO DE LAS PASIONES DEL ALMA
TRATANDO DE EXPLICAR
LO QUE DICE SAN JUAN DE LA CRUZ
CON EJEMPLOS Y PALABRAS DE NUESTRO-SEÑOR**

23 de febrero [1845]

Necesidad de hablar, no solamente del cumplimiento exterior de la Ley de Dios, sino de lo que sirve para hacerle cumplir hasta en lo más íntimo de su ser, porque no debo solamente hacer de ellas las exactas observadoras de la Regla, sino esposas, fervientes esposas de Jesucristo:

"Toda la belleza de la hija del Rey está al interior".¹

Que no vea el corazón sino Jesucristo viviendo solamente allí y que es mi deber ayudar su deseo de atraerlas enseñándoles lo mejor que pueda lo que hay que hacer para ello. Que las faltas exteriores vienen por otra parte, siempre de la inmortificación del corazón o de que uno se hace ilusión o que se equivoca sobre lo que debe reformar en uno mismo. Peligro de falsas nociones sobre esto, de donde nacen al menos la turbación, el agotamiento de las energías, luchas inútiles, etc. También debemos basarnos siempre sobre las nociones más sencillas, la búsqueda de lo que es más perfecto para el interior.

Ahora bien, una de las enseñanzas más importantes de la vida interior² consisten en la manera de apaciguar los sentimientos más vivos, los más dominadores de nuestra alma, aquellos por los cuales estamos ordinariamente llevados, en el cuidado de no emplearlos más que para Dios según el ejemplo y la enseñanza de Nuestro Señor. Ahí está todo el secreto de la perfección, según uno de los más grandes Maestros de la espiritualidad, del que me parece que yo podría explicarles la doctrina sencillamente con la ayuda del Evangelio.

En efecto nuestra perfección consiste a emplear, en todas las cosas, todo lo que somos y todo lo que tenemos para Dios y según Jesucristo, es muy sencillo que le debemos tanto cuanto más que se trata de los sentimientos más íntimos, más poderosos y frecuentes en nuestro corazón. Ahora bien ¿por qué nuestra alma está conmovida, qué es lo que la atrae tan violentamente a ciertas cosas y la aleja tan fuertemente de otras, si no es el temor, el deseo, la alegría o el dolor? ¿Quién de nosotros puede sustraerse al imperio de esos sentimientos? Veamos pues en qué Jesucristo ha querido que nos empleásemos para que su fuerza no se cambie contra la suya.

1º Como hacer uso del temor. No temer más que a Dios y lo que le disgusta.

"No tengan miedo de los que matan el cuerpo pero no pueden quitar la vida; temed más bien al que puede destruir al hombre entero en el fuego eterno".³

¡Qué energía, qué elevación por encima de todos los miedos de la tierra! ¡Qué vergüenza para una esposa de Jesucristo temer tantas pequeñas cosas cuando no está permitido temer eso que hay de más terrible sobre la tierra!

Hay almas religiosas que temen mil boberías: la ausencia, las muertes, el viento, etc. Todas nosotras tememos otras nada, ser censurada, disgustar a la superiora, indisponer una hermana, etc. (detalles). Y todos esos temores nos impiden buscar a Dios solo y hacer lo que él quiere. Desterremos todos esos pequeños temores por el único temor de apenar a Dios.

2º El uso del deseo. No desear más que a Dios, su amor, el bien del prójimo y el cumplimiento de la justicia. Encuentro varios deseos de Nuestro-Señor en el Evangelio. ¡Cuán diferentes de los nuestros!

"Pero tengo que pasar por la prueba de un bautismo, y estoy angustiado hasta que se cumpla".⁴

¡Cuánto he deseado celebrar esta pascua con vosotros antes de morir!⁵

"Te pido que todos sean uno. lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, ..." (Juan)⁶

¹ Sal. 44, 14

² "de la vida interior", en sobre cargo.

³ Mt 10,28

⁴ Lc. 12, 50

⁵ Lc. 22,15

⁶ Jn. 17,21

Para nosotros, nuestra vida se gasta en deseos vanos; los más fervorosos desean con ansias haber terminado ese trabajo, tener una casa arreglada y cómoda, tener éxito en esto, curarse de una enfermedad, salir de un estado pesado. Nosotros no guardamos para Dios ese poder del deseo que le atrae tan invenciblemente puesto que Él escucha los deseos del corazón y "que el resto de nuestros pensamientos le son una fiesta", que Él envíe el ángel a Daniel porque es "un hombre de deseos."

3° La alegría. No alegrarse más que con Dios. Esto es una gran perfección. No entregarse a ninguna alegría por pequeña que sea, no alegrarse de otra cosa que de su voluntad, su amor, su justicia, su gloria ex[terior], El mismo y sus perfecciones.

"Tu sabes que jamás tú sierva no has tomado placer más que en ti" (Ester)¹

¿Quién de entre nosotros puede decir eso? Detalle de mil cosas donde se desahoga nuestra alegría, un aire afectuoso, una alabanza, un éxito, consuelos en la oración, los placeres naturales, etc. ¡Ah! Digamos con la Imitación: "Por encima de los bienes, los amigos, la salud, los honores de toda criatura... descansa en Dios, ¡oh! alma mía, porque él es el descanso eterno de los santos". Con san Francisco de Sales: "Con tal que Dios sea Dios, que su bondad sea inmensa, que su perfección sea infinita, que yo viva o que yo muera, poco me importa".

No dejemos ese sentimiento tan delicado, tan precioso de la alegría de nuestra alma derramarse sobre algo que no tiene relación con Dios. La alegría de Jesucristo, es únicamente "hacer la voluntad de su Padre"² es nuestra salvación³ el regreso de hijo pródigo, la oveja perdida. ¡Ah! Guardemos para Él la alegría que él siente de vernos totalmente tuyas, estar con nosotros;

".. y mi alegría era estar con los hombres delicias son de estar con los hijos de los hombres"⁴.

Seamos su alegría, su corona no teniendo ninguna otra alegría.

4° El dolor. Quién no se alegra más que con Dios no se aflige más que por él y según él. Dios no prohíbe los dolores legítimos. Él lloró a Lázaro. Pero lloremos en cristianos adorando la voluntad de Dios y no dejándonos debilitar por el dolor hasta no poder cumplir esa voluntad santa⁵ los deberes más imperiosos. No lloremos sobre todo por mil boberías.⁶

Guardemos nuestro dolor por nuestros pecados según que Jesucristo nos lo ha enseñado diciendo a las hijas de Jerusalén que lloren por ellas, llorando él mismo por Jerusalén; estando triste de la infidelidad del joven que se retiró cuando él le anunció la renuncia necesaria de sus discípulos. Guardemos sobre todo nuestra tristeza, nuestra compasión si tenemos la dicha de tenerla, para los sufrimientos de Jesucristo.

Fortifiquémonos contra las ternuras que tenemos sobre nosotras mismos afin de guardarlas para él. A causa de su amor, aprendamos a amar incluso el sufrimiento, a ir como él delante del dolor.

" tiene que ser así para demostrar al mundo que amo mi Padre y que cumplo fielmente la misión que me encomendó."⁷

Confiar esas enseñanzas que son de una gran delicadeza en el hecho de perfección a su fidelidad porque ellas solas con Jesucristo pueden percibir en qué faltan interiormente, secretamente.⁸ Decirles de hacer la misma búsqueda del ejemplo y del espíritu de Jesucristo para todos los movimientos de sus almas.

αααααααα

¹ Est. 14, 18

² Jn. 4, 34

³ 1er redacción tachada y transformada: "el regreso de los hombres a su Padre, las ovejas encontradas, el hijo prodigo que regresa"

⁴ Pr. 8, 31.

⁵ de la primera vez: cumplir; "esa voluntad santa"; en sobrecarga.

⁶ Una frase rayada, que empieza por: "Fortifiquemos" retomada un poco más lejos.

⁷ Jn. 14, 31.

⁸ de la primera vez : "interiormente", no rayada; "secretamente" : en sobrecarga.

4° DOMINGO DE CUARESMA

2 de marzo [18]45

Sobre el recurso de tomar parte en las virtudes que los otros practican, por la caridad que se contenta, a propósito de esta palabra del día anterior en el comedor:

“El que recibe un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta;”¹

explicando esta palabra de la Escritura:

“El amor es paciente y bondadoso; no tiene envidia, ni orgullo, ni jactancia. ... no se alegra de la injusticia, sino que encuentra su alegría en la verdad.”²

El mérito de todas las virtudes está en la caridad; el que se alegra del honor rendido al Rey del Cielo por el justo y el profeta y que lo honra y lo recibe³ a causa de su amor por Dios testimonia un amor puro y caritativo de la gloria y del honor de Dios que le hace digno de la recompensa del justo, tanto más que es más difícil al hombre caído amar la gloria de Dios en los otros y que él⁴ está más bien atraído a la envidia y a los celos, al desaliento, a la tristeza cuando se ve aventajado.

Esta enseñanza es muy necesaria en la vida religiosa,

1° Porque con los grandes deseos que todas debemos tener, no nos es sin embargo posible rendir a Dios todos los servicios a la vez; no podemos ser pobres y dar limosnas, ser abnegadas en el servicio de las almas y estar en soledad; quedarse en nuestras casas a observar la Regla e ir a las misiones a convertir las almas y sufrir el martirio, etc.. Pero podemos alegrarnos de esas buenas obras que los otros hacen, honrarlos en ellos, tomar parte por la caridad y tendremos el mérito por el efecto de la comunión de los santos y la fuerza de la caridad⁵ y de ahí debe salir el amor, el aprecio y el honor de todos los institutos religiosos que trabajan para hacer un bien diferente del nuestro, y de aquellos que también hacen el mismo bien sobre todo si lo hacen mejor. Esto es necesario combatir la naturaleza que no le alegraría verse aventajada ni siquiera por la gloria de Dios y en una obra que la atañe tan poco y (es necesario también) no confiar en los pretextos que uno se da para no desear que los demás triunfen perfectamente, para no alegrarse y no contribuir.

2° Esta enseñanza es necesaria entre nosotras para que nos alegremos del éxito de nuestras hermanas y que podamos vernos en paz más pobres en virtud que ninguna de ellas, tomando nuestra alegría en la gloria que ellas rinden a nuestro común Maestro y rechazando por ahí la tentación de alegrarnos, como somos muy llevadas cuando vemos que las demás tienen nuestras inclinaciones flojas, cobardes, que hacen nuestras faltas o que son más imperfectas incluso que nosotras.

“La caridad no se alegra de la injusticia, se alegra de la verdad”⁶

Pues entre nosotras debe ser tanto más que la comunidad de méritos es más estrecha y si somos fieles hacia la Religión, es decir cuidadosas en contribuir de nuestra parte a conservar la regularidad y el buen espíritu de la observancia, si estamos unidas en la abnegación y la caridad a nuestras hermanas y a la obra que hacen, la Religión como una madre buena nos compartirá todos sus méritos.

3° Una tercera disposición para recibir con seguridad una parte de los altos méritos de los demás, es con la caridad que mantiene la unión,⁷ con el celo de la observancia y de la obra que se mantiene la comunidad misma en la cual estos méritos se producen, es la pobreza espiritual que, desapropiándonos de eso que está en nosotras, nos da derecho a eso que está en los demás.

αααααααα

¹ Mt. 10,41

² 1 Cor. 13, 4 - 6

³ “y el profeta”... “y lo recibe...” en sobrecarga

⁴ primera vez: “quiera más”

⁵ en primera vez 2°, rayado y reportado un poco más lejos

⁶ 1 Cor 13, 6

⁷ primera vez: “la genero(sidad), la observancia reli(giosa), tachado

DOMINGO DE RAMOS

16 de marzo [1845]

Sobre la renovación en la pobreza a imitación de Jesús entrando en Jerusalén sobre una burra y su asnillo. Es el triunfo de la pobreza. Pero nosotros que nos glorificamos de la nuestra, es necesario bien mirar si es real y si nosotros la abrazamos con todas sus consecuencias. La pobreza no es una virtud afeminada, es una virtud varonil y austera, que hace obras¹ fuertes. Sus ornatos son de faltar de muchas cosas, de nada tener y de no usar nada que por caridad y para uso de los demás, de no tener entonces para sus necesidades que lo que es más grosero, más vil, más incómodo, lo más ridículo algunas veces y de soportar lo que hay de humillante a los ojos de los hombres.

Sigamos Nuestro-Señor entrando en Jerusalén. La burra y el asnillo no son de él. Explicar la desapropiación a la cual el alma religiosa está obligada y ver si nosotros no creemos tener derecho de² posesión sobre alguna cosa que hemos hecho, que nos han dado, etc., nuestros cuadernos, nuestros libros, etc. Para mostrar, Nuestro-Señor no tiene ni siquiera lo que le hace falta: los discípulos ponen sus mantos. ¿Qué pensamos si en nuestros empleos, en nuestras necesidades, es necesario remplazarlos de una manera igual con cualquier cosa que nos falta? ¿Nos gustaría? ¿Lo aceptamos solamente?...etc.

Pero ¡qué equipaje para Nuestro Señor! Hay un proverbio popular que dice: "ustedes me tratan de loco" como decir: "ustedes me meten sobre el asno" y es así que Jesús quiere entrar en su ciudad real. Es que él da gloria a la pobreza y que nosotros enrojecemos. Parece faltar más que él no recibe para una religiosa, parece no poder disponer, dar, tener, eso nos desconsuela y lo alejamos con cuidado. Nos quisiéramos parecer que pertenecemos a una familia pobre y de baja condición. Queremos bien el honor de la pobreza, pero la realidad es que en la vida práctica no nos gusta ni la aceptamos tampoco. O al menos quizás ha sido hasta aquí así, pero en el seguimiento de Jesús hoy nosotras lo abrazaremos también porque nos hace fuertes contra la cobardía a desapropiarnos y contra el respeto humano a no querer tener el aire.

ααααααααα

¹ primera vez : " las almas ", transformado en "de las obras".

² "derecho de " en sobrecarga.

VIERNES SANTO

21 de marzo [1845]

Cuánto quisiera en un día dónde ellas han meditado los dolores de Jesucristo y dónde él les ha hablado a través de todas las ceremonias de la Iglesia y por el silencio en la tumba, donde ellas le han adorado día y noche; quisiera recordarles tres cosas: una que todas somos culpables de la muerte de Jesucristo y que en un capítulo de reparación donde venimos a pedir perdón a Dios y a nuestras hermanas de todo lo que ha estado malo en nuestra conducta, no hay sentimiento tan bajo, tan humillado que pueda ser suficiente. ¡Desgraciadas de nosotras si nuestras faltas nos parecen ligeras! No han podido ser lavadas más que por la sangre de Cristo; y las almas que aman han estado siempre rotas bajo el peso de las suyas.

¡Ah! Si san Pedro estuviera entre nosotros, ¡cómo piensan que se acusaría en ese día donde él había hecho tanto sufrir a Jesucristo! Y nosotros sin embargo no ha sido ante la muerte, ni ante el peligro que hemos renegado a Jesucristo, sino ante las mínimas cobardías de nuestra naturaleza. ¿Cuándo hemos resistido hasta la sangre, "adversus peccatum repugnantes?"¹

Pero admitamos que nuestras faltas sean ligeras, la segunda cosa que les diría es la tristeza íntima, la herida penetrante que debió ser para Jesucristo en la Cruz, la vista de las cobardías de los suyos, de sus olvidos, de sus frialdades, de sus ofensas tan negligentes, tan llenas de ingratitud y de ligereza. La tercera cosa es que como Jesucristo habiendo muerto por la justicia, no son tanto las lágrimas que pide de nosotras como un cambio de vida.

Humillación, dolor, resoluciones fuertes y fidelidad generosa, tal deben ser los frutos de este capítulo.

αααααααα

¹ Hb. 12, 4

DOMINGO DE PASION

9 de marzo [1845]

Sobre el principio de los sufrimientos de Jesucristo que es el amor que él nos tiene, que lo ha llevado a renunciar a todos los bienes a los santos, los justos, los que debe su Ser, para venir a atraernos con su ejemplo a dejar los falsos bienes, injustos y que nos manchan de algunas suciedades, aunque sean los más inocentes.

"Atráenos, corremos al olor de tus perfumes"¹

Los sufrimientos y las privaciones de Jesucristo comienzan con su vida y es en efecto por su sacrificio de privación de las satisfacciones de este mundo que debemos empezar la imitación. ¿Cómo no nos sacrificaremos con gusto si lo miramos a él? Hay alguna cosa, amigos, parientes, satisfacciones, diversiones, libertad, pensamientos, estudios, conocimientos, etc., que puedan compararse a la felicidad que él nos quita, a la compañía de su Padre, a su gloria si legítima, etc.

Establecer la incompatibilidad de los bienes de este mundo, o al menos de su atractivo, con la gracia de Jesús despojado; sustituirlo² por la suciedad y la impureza de los bienes de este mundo, además por la injusticia que se encuentra de esto en nosotros, pecadores, que somos deudores a Dios de penitencia, somos parte de los bienes que Jesucristo no ha querido, podido, ni debió tener³ cuando vino a ser nuestra víctima. Tratar así de dejarnos atraer a su amor y despojarnos cerca de Él en la meditación de sus sufrimientos de todas las cosas de la tierra.⁴ Busquemos cada una a qué tenemos y no dejar pasar éste tiempo de la Pasión sin dejar por Jesús el apego al honor, la amistad, la comodidad, etc., que nos queda.+

Los bienes de los cuales Jesús es despojado por nosotros y que no solamente son santos sino que también la consumación de toda santidad, o más bien infinitamente por encima de toda santidad creada, son estos donde quiere atraernos en nosotros para despojarnos de los falsos bienes de este mundo.⁵ La verdad es la justicia. Pues bien entre nosotras debe ser tanto más que la comunidad de méritos es más estrecha y que si somos fieles hacia la religión, es decir cuidadosas de contribuir por nuestra parte a conservar la regularidad y el buen espíritu de la observancia, si estamos unidas por la generosidad y la caridad a nuestras hermanas y a la obra que hacen, la Religión como una buena madre nos dará parte de todos sus méritos.

αααααααα

¹ Ct 1,3

² "establecer", en sobrecarga.

³ Primera vez : " no ha podido ni debido ", en sobrecarga

⁴ "de todas las cosas de la tierra", en sobrecarga.

⁵ 2 Cor. 13, 6

DOMINGO DE QUASIMODO

30 de marzo [1845]

Sobre las cualidades de una buena confesión¹ a propósito del tiempo pascual donde la Iglesia pide como deber particular a los cristianos recibir el sacramento de la penitencia.

(No hay notas que sigan a estas líneas)

αααααααααα

Desde a mitad de abril y hasta el 15 de septiembre, el Padre d'Alzon estará en Paris y encontrará con frecuencia a las Hermanas de la Asunción.

Del 23 al 31 de mayo, predicará el retiro en el Impasse de Vignes y durante ese mes Madre Maria Eugenia le hará el voto de obediencia. (Notas íntimas n° 198/01, y 198 B/01 - 1845)

En octubre, la comunidad se mudará a la calle de Chaillot, y en Navidad verá la primera reunión de los Religiosos de la Asunción en Nîmes.

αααααααααα

¹ primera vez: un miembro de la frase tachado.

1853

En 1853, la Comunidad se encuentra en la calle de Chaillot.

- Enero: Madre Maria Eugenia, enferma desde diciembre, deberá irse a descansar.
- 12 de febrero - 13 marzo:
 - temporada del Padre d'Alzon en Paris.
 - compra por los Padres de un terreno en Clichy.
- Junio: Construcciones en Chaillot. Proyectos para una fundación a Sedán. Gran cansancio de Madre Maria Eugenia. Enferma sufre de dolores a la cadera y a la pierna.
- Julio: imposibilidad de estar sentada o de pie. Los médicos se deciden por enviarla para hacer una cura medical a Bourbon-l'Archambault (Allier). Su hermano la conduce en coche.
- 2 de agosto: Salida por Bourbon, llegada el 4.
- 31 de agosto: la situación habiéndose puesto peor, se decide el regreso a Paris. El Doctor Gouraud acompaña Madre Maria Eugenia.
- 20 - 30 de septiembre: retiro de la Comunidad.
- 30 de septiembre: Madre Maria Eugenia recibe una carta de ruptura de Sor Maria Gertrude, del Cabo.
- Octubre: Madre Maria Eugenia no puede desplazarse que en un coche o sobre una camilla.
- 11-24 noviembre: estancia del Padre d'Alzon a Paris.
- 13 de diciembre: Para la curación de Madre Maria Eugenia, empiezan una novena a los "70 mártires de China".
- 22 de diciembre: Se cree descubrir un absceso. Los dolores aumentan al punto de pensar en una intervención quirúrgica, "no peligrosa, pero que tendría necesidad de rehacerse 5 o 6 veces".

Al final del año, se puede constatar ochenta y dos entradas desde la fundación cuatro muertes y veintinueve salidas, la mayoría durante el postulante. (Es necesario contar en ese número de salidas a Sor Maria Gertrude y las salidas ligadas a la historia del Cabo 1849 -1852). En total, cuarenta y nueve hermanas presentes, de las cuales veinte novicias.

Las Instrucciones adjuntas, fechadas de 1853, han sido recopiladas por una hermana en un cuaderno clasificado entre los Capítulos. Esas Instrucciones parecen más bien instrucciones del Noviciado, agrupadas en otra serie, Madre Maria Eugenia ha dado Instrucciones de mayo 1850 a octubre 1852, mientras que Madre Thérèse-Emmanuel estaba en Inglaterra para la fundación de Richmond, y en 1867 durante la ausencia de Madre Thérèse-Emmanuel.

En 1853, nada testimonia de una ausencia de Madre Thérèse-Emmanuel o de Instrucciones de Madre Maria-Eugenia, debido al estado de salud (Cf. cuadro cronológico). Sin embargo, podrían haberse dado en las fechas indicadas y parece confirmarse por el nombre de una alumna citada por Madre Maria-Eugenia en la antepenúltima Instrucción.

En otro cuaderno, esas mismas instrucciones, clasificadas aquí de I a IX, están reproducidas de 8 a 16 (sic), con la nota: "las primeras páginas del cuaderno faltan."

αααααααα

INSTRUCCIONES DE MADRE MARIA EUGENIA

SOBRE

LA CARIDAD

1853

I. - INSTRUCCION

“Las Constituciones están destinadas en cada Orden de la Iglesia a definir la observancia santa y perfecta de las Reglas según el espíritu de cada Instituto, las nuestras serían incompletas si no dieran a las hermanas los medios particulares de guardar entre ellas la santa y suave caridad que debe ser el espíritu principal de nuestra Congregación, porque es a la vez el primer precepto del Evangelio, y el primer y casi único precepto de nuestra santa Regla”.¹

Se encuentran tres cosas en una comunidad: La Regla, las Constituciones y los costumbreros, tradiciones, etc.

La misma Regla puede ser común a varias Congregaciones. Así la nuestra, de san Agustín, es seguida por las Visitandinas, las Carmelitas, las Ursulinas, las Hermanas de la Caridad y otras que no recuerdo ahora; la de san Benito, una de las más grandes de la Iglesia, es igualmente observada por algunas comunidades, aunque el espíritu sea diferente en cada una. Esto prueba que la Regla pone principios amplios, los deberes generales, alrededor de los cuales se agrupan ciertas observancias propias a cada Orden en particular. Por ejemplo la Regla de san Agustín prescribe que se debe dominar el cuerpo por la abstinencia: las Carmelitas lo extienden de una manera muy severa haciendo casi continuamente ayuno y abstinencia ocho meses del año; las Visitandinas suavizando este precepto y nosotros, hemos guardado una especie de término medio, comer suficientemente, pero pobremente, como quienes ganan su alimentación, teniendo casi siempre la misma comida.

En este precepto de la abstinencia reluce la caridad, alma de la Regla de san Agustín, pues después de haber dicho que las Hermanas dominarán sus cuerpos por la abstinencia, agrega: “tanto como la salud lo permite”, queriendo que en una Orden donde el objetivo principal no es ni la penitencia y ni la expiación, las fuertes se acomoda a las más débiles. Si no fuera así Sr. X entenderá el precepto de la abstinencia desayunándose todos los días con una chuleta, otra ayunando todo el año. ¿Dónde estará el orden y la regularidad?

He leído muchas Reglas, hay algunas muy bellas, pero todavía no he encontrado una que tenga un comienzo tan admirable como la de san Agustín: “Ante todo, que Dios sea amado y el prójimo.” El espíritu de nuestra regla es un espíritu de amor.

Es necesario aumentar en su corazón un gran respeto por las Constituciones, es eso lo que conserva y hace florecer una Orden. Nuestro Señor da el ejemplo del respeto por la Ley cuando dice que cumplirá hasta la más mínima iota, creo recordar que ya he desarrollado éste pensamiento en una instrucción hace tiempo. De lo pequeño, se pasa fácilmente a lo grande; si es necesario sin duda admirar, estimar las otras constituciones, es necesario sobre todo y ante todo amar las suyas, no querer ser visitandina, cuando se es clarisa, y estar contenta de ser asuncionista cuando Dios no ha querido que sea Hermana del Buen Pastor, por ejemplo.

Otra cosa viene apoyar esto que les digo al comienzo, que la misma Regla puede servir a varios Institutos a pesar de la diversidad del objetivo de esos institutos. Las Carmelitas llevan una vida contemplativa, las Visitandinas no fueron fundadas para la enseñanza, nosotras la somos esencialmente para eso, etc.

En cuanto al costumbrero, para observarlos, se trata de hacer las cosas tal como ellas han sido siempre hechas por las primeras hermanas de una Orden, ceremonias, etc., es lo que conserva a una Orden. Cuando una comunidad degenera, no ocurre de golpe, sino poco a poco: se desprecia tal costumbre santa y regular, después es otra de más importancia que cae en el olvido, y la ruina del Orden sigue ni más ni menos. Al contrario las Ordenes que tienen más

¹ Se trata aquí del capítulo “De la caridad”, agregado a las Constituciones de 1844 en 1846 y recopilado por las hermanas. Ese capítulo ha sido retomado con modificaciones en las Constituciones de 1866 presentadas para la aprobación del Instituto.

casas son aquellas donde la fidelidad a las pequeñas cosas es muy grande. Tienen un ejemplo en la superiora actual de las Carmelitas, cuyo sufrimiento mayor es de no poder ponerse la capa en las celdas antes de ir al coro como se practicó siempre, sino en el coro mismo. Ustedes encontrarán que eso es una pequeñez y que es un espíritu bien estrecho. Eso puede ser, pero es necesario querer las cosas como Dios quiere que hagan en ese momento y no en otro.

Las Hermanas de la Caridad son también unos modelos de regularidad, quiero decir de fidelidad a las antiguas costumbres. Saben que ellas no han fundado una casa en Inglaterra, porque tendrían que cambiar algo de su toga y de su hábito. Incluso hay una Orden donde las antiguas profesas están encargadas de enseñar a las nuevas hermanas la manera precisa de poner y quitar sus hábitos, como deben quitar el cordón antes que el velo, tal alfiler antes que tal otro, colocar el hábito sobre la silla en tal orden, etc.

Estarán de acuerdo que es necesario una gran perfección para actuar así toda la vida, y sin embargo es la fidelidad en las pequeñas cosas lo que constituye la santidad, es tan cierto como que el Reino de Dios está en medio de nosotras.

No habría que creer, Hermanas, que no se debe tener menos respeto a las Constituciones que no han sido hechas por santos canonizados; aunque todas no han sido escritas por santos o santas. Hay una religiosa entre otras que pidió con insistencia a Dios que ninguna de sus hijas fuera jamás canonizada, no ella, eso hubiera sido bastante humilde, pero ninguna religiosa de su congregación.

Con seguridad si su petición fuese escuchada aunque ella llevara una vida agradable hizo a Dios, no será jamás canonizada, y sin embargo escribió unas constituciones. Además, Hermanas, admiren el número de santos que cada Regla ha formado en todas las Ordenes. No es más que siguiendo su Regla que san Aloysius, san Francisco Xavier y tantos otros han llegado a la gloria que están disfrutando.

Nuestra Regla ha sido aprobada por el Arzobispo, y un día lo será por el Santo Padre.

αααααααα

II. - INSTRUCCION

Lo más importante Hermanas, es de bien comprender el espíritu de su Orden, de conocerlo bien. Ya les he demostrado el espíritu de la regla de san Agustín que es un espíritu de amor y de caridad, que es el primer motor. Ciertamente, ustedes me dirán que no es necesario ser religiosa para amar a Dios y al prójimo, porque es un mandamiento que Dios da a todo cristiano. Pero si lo da de una manera sí formal a todos aquellos que quieren ser sus discípulos, ¿no sería necesario también que lo pida a sus amigos, a sus esposas?

¿No deberíamos seguir la inclinación de nuestro corazón amando a Dios y a nuestros hermanos por su amor? ¿Cómo desarrollaremos esa necesidad de amar a Dios que nos ha llevado a dejarlo todo para darnos a él sin reserva? Algunas me adivinan: por la vida interior. Y la vida interior no es otra cosa que una continuación de la oración. Se buscan bellas y sabias definiciones sobre la oración, voy a darles la de santa Teresa:

“No es nada más, según esta gran maestra de la vida espiritual, que una conversación con Dios del amor que él nos tiene, sobre aquel que quisiéramos tener y que le pedimos de darse”.

Ustedes saben, queridas hijas, que nuestra vida activa tiene su fuente en la vida interior. Si uno pudiera imaginarse una asuncionista perfecta, sería una hija amante de Dios con toda la profundidad e intensidad del amor y a la que ningún sacrificio no costaría si se tratase de ganar las almas.

Quisiera que se dieran cuenta de lo que quiero decir sobre la intensidad del amor. Quiero decir que sí, haciendo un sacrificio a Dios, buscan a aumentar por él, a agradarle más; que en todas las cosas el alma que amaría así a Dios y escogerían lo más perfecto. No “comercien” con Dios: si se presenta un sacrificio, abrácenlo en lo que hay de más penoso. ¿Es qué, él nuestro Salvador, cuántas gotas de sangre nos dará él? ¿Ha puesto un límite a su amor sin medida? Ha derramado toda su sangre, ha bebido hasta lo último el cáliz que su Padre le había preparado.

No se detengan en el camino del amor, Hermanas. Quien se detiene, retrocede. Vuelen en ese camino de sacrificios es verdad, pero la más pura, la sola que las unirá para siempre a Dios. Y por regresar a la práctica, recuerden esa palabra: “Dios es un Dios celoso”¹ Él quiere solo ocupar sus corazones, ser su vida, su salvación.

Otras veces en el mundo, ustedes tenían amigos, ustedes los querían. Su padre, su madre, un hermano, una hermana ocupaban su vida. Díganme, ¿tenían intercambios profundos con el portero que abría y cerraba la puerta de su casa, con la empleada que limpiaba su cuarto? Seguramente que no. Que ellos vengán o se vayan, poco vos importaba. Y ¿qué diferencia ponemos algunas veces entre Dios y el portero, entre Dios y la empleada? Dios cuida su corazón posándose él mismo como un escudo sobre la puerta, defendiéndonos contra el peligro, nos protegerá contra los enemigos de nuestra salvación. Él trabaja nuestra alma con su gracia, quita lo que es malo, reemplaza las espinas por rosas y hace crecer los lirios de la pureza allí donde había el fango del pecado.

¿Qué vida tenemos nosotras con él? La mayoría de ustedes comprenden lo que quiero significar cuando digo vivir con alguien, ellas saben lo que es hacer feliz en esta vida la persona amada, que da a Dios como una parte de nuestro ser. Hay almas que no sienten esos sentimientos de afección natural, Dios les ha dado esa gracia, porque es una, de guardar la vida de su corazón para El sólo.

Uno se preocupa, Hermanas, por encontrar el medio de encontrar la paz: no es infalible para todos; es el amor, la caridad, porque el amor ara Dios dirigirá su intención recta y pura de dar gusto a Dios las deliberará de bien de contrariedades, de bien de preocupaciones. En todas las cosas dirán: ¿Eso importa a Dios? No. “Poco me importa a mí también.” Y no se inquietarán demasiado. Yo lo repito, Hermanas, estamos doblemente obligadas a trabajar para adquirir la caridad y porque está en nuestra Regla y porque es el primer mandamiento del Evangelio.

Pero, Hermanas, si estamos tan obligadas por nuestra calidad de cristianas, ¡qué no podrá decirse de aquellas de entre nosotras que han hecho el voto de extender el Reino de Jesucristo en las almas! Y ahí está el objetivo de todas nosotras, todas desean hacer el 4° voto. Para ser dignas, es necesario prepararse empleando desde ahora todos los medios posibles para ganar las almas. Y sin ir a las misiones, ¿no tienen las niñas en medio de ustedes? ¿No crean que una buena palabra, que sus ejemplos, sus oraciones se quedarán sin efecto? Si todo en el exterior respira dulzura, la caridad, si jamás ustedes no se impacientan con ellas, harán un bien inmenso. Es verdad que no se cogen las moscas con el vinagre según un proverbio; no será tampoco estando bruscas con ellas, regañándolas, que atraerán sus corazones y que las llevarán a Jesucristo.

¹ Dt. 4,24

Es una virtud muy grande y bien rara, me dirán, que de estar siempre iguales, no importa la contrariedad que se encuentre, pero también ¿qué es un alma? Ah, si conociera el precio, no habría esfuerzo que ustedes no harían para salvar una sola. Y no es necesario creer que ustedes deban apegarse solamente a la de las niñas que les agraden. ¿Los paganos no saludan a los amigos? Y si Nuestro Señor se digna comunicarse, darse en alimento a una alma, ¿es que su esposa se negaría a sentarse con ella? No me detengo a esas consideraciones, queridas hijas, lo han ya bastante pesado ustedes mismas ¿qué agregar para comprometerlas en la práctica de la caridad?

“Dios no toma gusto que no los corazones trabajados por la humildad y ensanchados por la caridad”, dice san Francisco de Sales, y será todavía ese santo que yo invocaré. Todos los demás podrían servirles de ejemplo, porque ¿quién no es de más amante y más amable que un santo? No se desea solamente verlos, pero se quisiera siempre vivir con ellos. Terminó dejándoles meditar eso que dice santa Catalina de Sena: “Nadie no se acercaba a ella sin volverse mejor”.

αααααααα

III. INSTRUCCION

Hay una palabra sobre la cual no insistí bastante la última vez, es sobre la suave caridad que debemos tener entre nosotras. Y para ir al principio, deben señalar que el gobierno de la casa no es un gobierno severo, no se parece mucho al de san Colomán. Hay en las Constituciones un artículo que señala el número de golpes que deben recibirse por cada falta. Trataré de darles un ejemplo: si no se asiste al "Benedicite", se recibe cinco; diez, creo por no pedir la bendición antes de salir, luego quince, veinte, y así sigue; tenemos esa Regla aquí, también.

En otras reglas, como la de los Trapenses, que prohíbe hablar, uno concibe que se puede tener un aire triste y encerrado. La vida dura que ellos llevan, se levantan de noche, ayunan tres meses en el año, trabajan sin cesar, expuestos a las intemperies de las estaciones, frío, calor, etc. Todo eso explica que la alegría no reina en todos los rostros, y sin embargo ella se encuentra impresa en los rostros de todos esos buenos religiosos. A mayor razón, nosotras, Hermanas, que no llevamos las mismas cargas, no conviene parecer que estamos abrumadas por ellas.

Quitémonos de nuestro exterior todo eso que podría ser rudo. Que todo en nosotras muestre la dulce caridad de la que debemos estar llenas. Y sin embargo, no deberíamos creer que tal persona cuyas maneras fueran más o menos educadas no poseen la caridad. No, hay a pesar de eso un fondo de dulzura: tal el reformador de la Trapa. No era un hombre dulce, se lo aseguro, y sin embargo a pesar de su exterior un poco brusco; había en él una gran dulzura equilibrada, es verdad, con una gran firmeza. Es esa dulzura fuerte y firme que quisiera ver en ustedes con las niñas, sea dicho de paso.

Los pobres Trapenses no pueden tener palabras dulces, ellos no hablan. Pero las Visitandinas y las Asuncionistas, por ejemplo, pueden y deben, esparcir la unción de la caridad sobre toda palabra que la misma caridad les hace pronunciar.

"Que las Hermanas se apliquen primero a meditar a menudo todos los pasajes de la Escritura donde es cuestión de la santa caridad; que escuchen el Espíritu Santo diciendo que aquel que no ama está en la muerte y que con todas las virtudes, todos los sufrimientos y todos los sacrificios, uno no es a los ojos de Dios más que un tímpano y un timbal suenan si no se tiene la caridad."

Retomo la continuación. He aquí los dos medios que nos dan la regla para adquirir esa admirable virtud de la caridad: la meditación y la oración. La oración es sin duda el medio más excelente y más seguro que podamos tener para obtener toda virtud pero sobre todo esta, según lo que dicen las epístolas de san Juan:

"La caridad viene de Dios"¹

y en otra parte: "Dios es la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna". ¿Cuál es esa agua viva, sino la caridad? Así a través de la meditación nosotras obtendremos en el seno de Dios mismo la caridad.

Hay algunas personas que son más bien llevadas a ponerse en la presencia de Dios al comienzo de la oración, luego a estarse ahí permanecer todo el tiempo. Aunque esta oración pasiva sea muy buena, es necesario estar ya muy avanzados en la meditación propiamente dicha, para poder entregarse sin peligro, sin temor de ilusión, sobre todo los que empiezan en los caminos de la oración. Es necesario que ellas se alimenten primero de las verdades evangélicas que son el tesoro de un alma. A continuación al cabo de un año, de dos años, uno puede abandonarse a los encantos que se encuentran en su presencia, siguiendo en esto el beneplácito de Dios y la orden de su superiora. En cuando las almas que tienen verdaderamente dificultad para meditar como existen algunas veces, que siguen su atractivo, pero reflexionando durante el día sobre algunos misterios y ocuparse de una palabra de Nuestro Señor que ellas tomarán como un ramillete espiritual.

Me dirán algunas veces que es difícil ocuparse todo el día de Dios, que ustedes tienen muchas reflexiones que hacer sobre tal o tal cosa, bastantes pensamientos que las preocupan. ¡Eh! Dios mío, supónganse que ustedes las tienen, díganme, les suplico, ¿qué les impide estar siempre cerca de Dios? Crean que santa Teresa no estaba obligada a pensar en las construcciones, no estaba ocupada para saber en que lugar debía colocar a sus hijas. A una vendría ésta casa, ésta otra a otra, etc. Y sin embargo ¿quién ama a Dios y piensa más en él que la seráfica Teresa?

Porque se dice en la Regla que nosotras meditaremos todos los pasajes de la Escritura concernientes a la caridad, no hay que creer que se deban tomar uno después del otro, recorrer sobre cada uno de ellos. No, sino saboreémoslo en lo más íntimo de nuestro corazón. Recemos a Nuestro Señor de darnos a conocer el sentido. El evangelio está lleno del

¹ | Jn . 4,7

sentido y empezando por los que cita la regla:

"Aquel que no ama esta en la muerte".¹

Y esta palabra de Nuestro Señor:

"Yo vine para darles un mandamiento nuevo, es que se amen como yo los he amado".²

Cuantas cosas para meditar en esos dos textos, primero lo que es el amor, que la caridad. ¡Oh! Si, es de verdad un precepto nuevo. ¿Quién pues, antes del Hijo de Dios, habría podido decir:

"Aménse como yo los he amado"

Nace en un establo, se convierte en el hijo del carpintero, se reviste de nuestras miserias y muere en el Calvario. ¿Por qué? Porque nos ama. ¡Oh exceso amor de mi Dios! No te detienes ahí. En la Cruz rezas por tus verdugos, los ríos de sangre que corren de tus llagas adorables convierten los crueles que te ultrajan. ¿Es pues así que tu quieres que ame a mis hermanos? Si, Dios mío, quiero caminar tras el olor de tus perfúmenes y amar todos los hombres porque tu no has desdeñado derramar tu sangre por cada uno de ellos.

αααααααα

¹ | Jn. 3,14

² Jn. 13,34

IV. - INTRUCCION

"Que ellas se dispongan a sufrir y hacer todos los esfuerzos para conservar entre ellas la perfección de esa santa virtud".

Recuerden las palabras de san Pablo que están en la Regla y que les cité la última vez: que si sufren los tormentos terribles y no tienen la caridad, lo consideraría como una nada. ¿Estamos en esas disposiciones? No estamos en los tiempos de las persecuciones donde las vírgenes, las mujeres casadas, los niños se encontraban expuestos a graves peligros por causa de su fe. Vean, en el Japón, la Cochinchina, en esos lugares remotos, hay todavía violentas persecuciones contra los católicos. Cada día, los fieles están obligados a prepararse para sufrir las más crueles torturas y tienen que preguntarse seriamente delante de Dios si serán capaces de resistir a la cuestión, afin que Él supla a su debilidad. Saben que deben sufrir todo lo que la rabia de sus perseguidores podrá inventar, antes que renunciar a su fe: torturas, destrucción de la familia, pérdida de los bienes, suplicios de todo género. Deben despreciar todo cuando la gloria de Dios está interesada.

¿Son esos nuestros sentimientos? ¿Estamos así decididas a perderlo todo, a sufrir todo antes que herir en algo, por pequeño que sea, la caridad? Llegando ahí, no tendremos porque gloriarnos, puesto que en fin, recuerden lo que Blanca de Castilla decía a su hijo: "Hijo mío, preferiría verte muerto que cometer un pecado mortal". Y una religiosa debe agregar: "Preferiría mejor morir que ofender a Dios voluntariamente". Ahora bien, ¿qué es lo que puede herir más el Corazón de Dios sino las faltas contra la caridad? Pues, díganme un poco, ¿cuáles son nuestros sufrimientos en comparación a la de los Mártires? ¿Nos atreveríamos solamente a en compararlas?

Es una alta perfección, una perfección mayor de lo que piensan, amar todo el mundo igualmente con dulzura y caridad. Como ya les he explicado con el tema de la oración, la vida cristiana esta contenida en esas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad. Pero, como dice san Pablo, la más grande de las tres es la caridad. Ella sola quedará, porque saben que en el Cielo la fe no existirá. Veremos lo que creíamos en la tierra, poseeremos el objeto de nuestras esperanzas, pero nos amaremos. Y amar eternamente será nuestra vida, como la caridad de Cristo debe ser la nuestra en la tierra.

αααααααα

V. - INSTRUCCION

“Que las hermanas se dispongan a sufrir todo y hacer todos los esfuerzos para conservar entre ellas toda la perfección de esta santa virtud; que ellas sepan además que la caridad no es un gusto natural que depende de sí, sino un amor que nace de Dios por el cual se ama los unos a los otros con el amor con que Dios ama a los hombres y por el mismo fin que es su santidad en este mundo y la felicidad eterna en el otro.”

He reservado el día de hoy para explicarles lo que es amar sobrenaturalmente y en Dios. Es también por ahí que yo quiero comenzar, pido a Nuestro Señor bendecir mis palabras y ayudarme a hacerles comprender bien el espíritu de la Regla.

Amar en Dios y por Él, es amar por motivos más elevados, desde un punto de vista más alto.

Para mejor entrar en el sentido de mis palabras, me dedicaré a hacerles conocer cómo es necesario amar en Dios a las personas que uno ama naturalmente. Después de esto verán que uno puede amar en Dios aquellas por las cuales uno siente que repugnancia y alejamiento.

Primeramente, hijas mías, ¿por qué amamos a ciertas personas con un afecto más particular, más tierno? ¿Por qué uno quiere primero su padre, su madre, una hermana, un bienhechor? Por un motivo de agradecimiento, a causa del cuidado que ellos han tenido desde nuestra infancia, del amor que han testimoniado. ¿Por qué aman a la Maestra de Novicias, a la superiora? Por el mismo motivo. Es una razón muy poderosa, perfectamente legítima y conforme a la ley de Dios.

Hay otros más o menos frívolos: por ejemplo, aman a una persona a causa de las cualidades exteriores que posee. Es bonita, espiritual; su andar, sus maneras les gustan. Ella tiene tacto, sabe conversar, presentarse, en una palabra ella les agrada. Sus caracteres sintonizan, hay una simpatía, aunque sea más seria que ustedes, sabe ofrecer y un apoyo, una ayuda en las dificultades, a ustedes les gusta apoyarse en un alma fuerte, en virtudes sólidas; sea que, llevada por la ligereza, ella les atrae por su natural alegre, gracioso. O bien una persona ha sido siempre buena con ustedes, han encontrado en ella consolaciones, las ha guiado con sus consejos. La aman, esto es un motivo noble, es el del agradecimiento. En fin el “nec plus ultra” del amor humano, es el amor que no conoce otra razón que esta: la amo, porque es ella y que soy yo!

Si pudiera ocurrir así con el amor de Dios que hacía gritar a san Bernardo: “Dios mío, te amo porque yo amo, amo por amar”.

Amor natural, grandemente imperfecto, poco cristiano, nada en absoluto religioso. Vean, Hermanas; según lo que vengo de decirles, ¿cuáles son las razones de ese gusto natural que uno siente hacia ciertas personas? Veamos como rectificarlas y hacerlas sobrenaturales y agradables a Dios.

Voy a comenzar por el amor que uno tiene a un padre, a una madre; supongamos que su madre sea cristiana y que su padre no tiene fe. Aman a su madre, no solamente porque ella les ha dado el ser, sino porque las ama, pero además también porque es querida de Dios, agradable a sus ojos, llamada a poseerlo eternamente. Aman también a su padre porque Dios lo ama, aunque de un amor diferente al de su madre. Esperan que Él permitirá un día iluminarlo, llamarlo a la fe, que lo llevará al conocimiento de sus verdades. Si le envía cruces, es para hacerle merecer ese tesoro inefable de la verdadera religión que Él prepara en su eterna misericordia. Entonces, si ven aquellos que les son muy queridos afligidos, abrumados bajo la mano paternal de Dios, adoren y bendigan aquél que no golpea más que para recompensar más abundantemente.

Aman una bienhechora, aquella que nunca les ha faltado en la necesidad, no solamente a causa de esto, sino porque es un alma de la cual Dios se sirve como instrumento que debe conducir a Él, porque deben estar eternamente unidas a ella en la eternidad bienaventurada. Aman una joven que era su amiga en el mundo, porque su alma es agradable a Dios. Deseen serle útil y servirse de esa misma amistad para hacerle bien. ¡Oh! Si supieran que esa alma es preciosa a los ojos del Salvador. Si ella esta en estado de gracia, qué espectáculo, objeto de admiración de los Ángeles, el corazón donde Dios reina como Señor!

Creo que fue a santa Catalina de Génova que le fue dado ver un alma en estado de gracia, adornada por los dones del

Espíritu Santo del cual era el templo. Comprendió entonces, y solamente entonces, como el Hijo de Dios había descendido del Cielo, como se había sacrificado en la Cruz para devolverle ese estado de inocencia que había perdido por el pecado de nuestro primer padre. Creo que ésta la misma santa a la que le fue también dado de ver un alma en estado de pecado. Es imposible expresar lo que ella experimentó de horror, de tristeza a esta vista, como se sintió penetrada del más vivo deseo de todo sufrir para retirarla de ese estado y obtener la gracia santificante.

Si aman una niña con ternura, no se detengan en la pobre criatura que tiene necesidad de tantos cuidados, incapaz como es de ayudarse y por eso mismo más digna de interés. Vean en ella una alma creada a imagen de Dios, donde él se dignará descansar un día. Penetren hasta la sustancia, hacedla digna de cumplir la misión que Dios le ha dado en la tierra. Se lo repito: vayan a la sustancia. El alma es la sustancia. Las cualidades exteriores y atractivas de una persona: belleza, gracia, espíritu, alegría, no son más que las manifestaciones.

Ya ven entonces que todos esos motivos, lejos de disminuir la caridad no hacen más que dilatarla y extenderla, hacen el amor más constante, porque la base es más sólida, más generosa, más fuerte. Ya saben que el Cantar de los cantares dice:

“El amor es fuerte como la muerte”¹

Nuestro Señor ha mandado amar como él amó. Pues, ¿cómo ama él? Hasta dar la vida por los hombres. Todos los días es verdad, no podemos morir por nuestros hermanos, pero podemos morir a nosotras mismas, es decir a nuestra naturaleza, a nuestra inclinación, a nuestras repugnancias para amar a todos por Dios y en Dios en el designio de trabajar por su gloria, como lo hizo Jesucristo y que debe hacerlo un alma cristiana.

Lo que quiero añadir les extrañará sin duda, sin embargo es verdad. Los animales aman naturalmente, tienen atractivos instintivos, distinguen enseguida la persona que los quiere de aquellas que no las quieren. Las ventajas naturales tienen influencia a menudo sobre ellas, prefiriendo un rostro bello a otro desfigurado por la enfermedad. Si cada vez que encuentran un gato, lo golpean con el pie o le gritan, el andar de ustedes no le gustará, seguramente. Es verdad que hay cualidades más altas que cautivan el corazón del hombre: las facultades de la inteligencia, un espíritu cultivado, una conversación agradable, etc. Los animales son también capaces de agradecimiento, uno tiene todos los días pruebas.

Recuerdo haber cuidado una gata que estaba herida a la pata. Pues bien, ese animal se apegó a mí de una manera increíble, reconocía mis pasos y no me dejaba. Y sin embargo, el gato no es un animal que se pega mucho, el perro es modelo de fidelidad, ustedes ya ven que están siempre dispuesto a morder a los que quieren atacar a su amo. Hasta los pajaritos. Entrán en el cuarto, el pájaro que habían domesticado está en la jaula, enseguida se pone alegre, bate las alas, es para demostrar que les quiere mucho. Revolotean alrededor de las personas que le agradan, hacen mil y una gracia, esos son caricias, de gorjeos sin fin.

Hay otra ventaja de amar en Dios distinta de la ser un poco menos parecido a los animales. Es que, además de las ventajas naturales cuentan poca en el amor que tienen al prójimo, supriman esas ventajas, el amor queda siempre. Si al contrario, aman una persona a causa de belleza, tiene una enfermedad que la desfigura, la varicela, que su tez se echa a perder, el amor disminuye. Si su espíritu es el lazo que las une a ella, aunque se vuelva imbecil, lo cual puede ocurrir con una pequeña perturbación cerebral, y se vuelve loca, nada les ligadara a ella.

No quiere decir por eso que el amor natural excluye toda generosidad, no, pero créanme, es necesario algo más que humano para imitar lo que hicieron las hijas de Luis XV, por ejemplo. Durante su enfermedad, cuando todos sus amigos y servidores lo abandonaron, sus hijas que eran de santas almas se encerraron en su apartamento para cuidarlo y no se alejaron ni a causa del olor de su enfermedad, ni por ninguna circunstancia, ni consideración. Les cito esto porque lo leeremos ésta noche. Pero tenemos en medio de nosotras ejemplos diarios de lo que la caridad de Cristo puedo inspirar de generosidad. Vean las Hermanas de la Caridad.

Para continuar lo que les decía, aman una persona porque ella es bien educada, delicada, que no tiene más que palabras amables en la boca. Bien, pongamos que ella les contraría o que se les escapa una palabra un poco menos suave que la que desearían, ¿cómo se vuelve el amor? Sencillamente la base estará destruida. Espero haber les hecho comprender que la caridad no domina el amor, pero que lo extiende, lo dilata. No crean que la tendencia a amar con ternura y particularmente sea malo, es un don de Dios, y Dios les recompensará si sirven según sus puntos de vista, ganándole las almas.

San Francisco de Sales tenía una amistad particular para todo el mundo, causada por cada una de las cualidades que veía en sus penitentes ya sea en los que él conocía. Estimaba poco las cualidades exteriores. Un día que le hablaban de los pendientes de una de sus penitentes: “No sabía que tenía orejas”; dijo él. Hay miles de esos rasgos del buen san

¹ Ct. 8,6

Francisco de Sales. Así hay que practicar eso que prescribe la Regla: "Que haya entre ustedes un amor todo espiritual y nada carnal".

Pero ante todo amemos mucho a Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién puede tener más derecho que Él a nuestro amor? ¿Él es su padre, su madre, su hermano, su esposo? Él les ha creado, les ha rescatado al precio de su sangre, les ha conducido a su casa. Viven bajo el mismo techo y les prepara un trono a su lado. ¿Qué pide por tantos beneficios? ¡Un poco de amor!

Tantos tratados han sido escritos sobre ese tema que no me extenderé más, además su corazón habla más fuerte que mis palabras. Me limitaré a recordarles lo que Dios mismo ha dicho:

"Si su madre los olvida, yo no los olvidaré jamás"¹

¿Qué madre más tierna, qué padre más generoso, y para servirme de la expresión del Cantar de los Cantares, qué amante más apasionado que Nuestro Señor Jesucristo?

Amen pues con todo su ser y con san Francisco de Sales que me gusta nombrar, digan que si hubiese una sola fibra de su corazón que no fuera para él, lo torcerían para arrancarlo. Por lo menos, si no tenemos la valentía de arrancar su pobre corazón, recemos. Y Dios que es caridad, pondrá en nuestro corazón el sello de sus elegidos, pues dice:

"Al amor que tendrán los unos por los otros, los reconocerán por mis discípulos"²

αααααααα

¹ Is. 49, 15

² Jn. 13, 45

VI. - INSTRUCCION

La última vez, les expliqué como uno puede amar en Dios a las personas que amamos naturalmente, hoy quiero mostrarles que las repugnancias naturales no excluyen la caridad. Primeramente, ¿cuáles son las razones que tenemos para no amar ciertas personas?

Hay tres principales. La primera es que hieren nuestro amor propio; la segunda que nos desagrada, sea por su exterior o de otra manera; la tercera porque tienen algún defecto, o más todavía, porque nos han perjudicado a nosotras mismas o a nuestros padres.

¿Tenemos vergüenza de creernos capaces de tales sentimientos? La mayoría de las veces no nos lo confesamos a nosotras mismas, pero no es menos verdad que somos como las niñas en clase: no les gusta la señora tal porque hace observaciones picantes, saben sobre esto más que yo. Y sin embargo ¿acaso no es bueno ser humilladas, despreciadas, consideradas como nada? No deberíamos repetir con frecuencia esta palabra del profeta:

“Es bueno Señor, estar humillado”¹

En cuanto al segundo motivo que nos lleva a no amar a esta o aquella, ya les dije que es necesario recordar que no somos animales, sino seres dotados de razón, gracias a Dios, y por consiguiente, no nos podemos asimilar a los sin razón.

La tercera razón es un poco parecida a la primera. Sería necesario cambiarla por un gran sentimiento de conmiseración por los pobres que tienen la desgracia de disgustarnos por sus faltas. Deben sentirse tan desgraciados de verse tan desagradables, tan bruscos, siempre una ocasión de mortificación para los demás. No hagamos como los fariseos que no saludaban más que a sus amigos. No saben que si tenemos piedad de los demás, que si los soportamos con paciencia y amor, Dios nos soportara también. ¿Quién de nosotros no siente una necesidad extrema?

Reflexionemos un instante juntas, mis queridas hijas, sobre lo que nos toca particularmente en el amor que Jesucristo nos tiene, y encontraremos una gran consolación y un vivo estímulo para ejercitarnos en la práctica de la caridad. ¿Es acaso su tierno amor por san Juan cuya pureza y la inocencia lo habían hecho tan amable a su Maestro? Respondan conmigo. No, no es. ¿Es acaso el amor respetuoso y filial que lo tenía a su Madre, la más pura de todas las criaturas? No, Señor, no es eso. Si no más bien el amor que ustedes testimoniarán a Simón el leproso, a la Magdalena arrepentida. ¡Qué motivo de confianza para nosotras, porque nosotras también nos hemos dejado ensuciar nuestra alma por la lepra del pecado. Nosotras también hemos implorar la misericordia del Señor. Y quién de nosotras no ha estado confundida a los pies de Jesús escuchándole pronunciar estas palabras:

“Muchos pecados le han sido perdonados, porque ella ha amado mucho”.²

Debemos pues al ejemplo del Salvador, practicar la paciencia y la caridad. Digo la paciencia, porque es cierto que la necesitaremos para soportar al prójimo. Y Hermanas, díganme, qué sería la virtud si no tuviéramos las ocasiones de practicarla. No se adquiere la humildad más que por frecuentes humillaciones, créanme. Es lo mismo con la paciencia más que no puede adquirirse que por las contradicciones. Santa Gertrudis tenía, parece, una superiora que era un poco viva de carácter. Pues un día que ella pedía a Dios que la hiciera más dulce, escucho esta respuesta: “Mi sierva me agrada, pues se humilla después de haber hecho esas faltas de impaciencia, y la humillación que le llega por ese motivo es muy saludable, porque le impide tener el orgullo de sus otras cualidades. Además, hace practicar la virtud a las demás hermanas y se convierte en fuente de méritos”.

No quiere Dios que crean con esto que deben ser fuentes de méritos para las hermanas conservando tal o tal defecto. Ustedes comprenderán que lo quiero decir, debemos subir a Dios por la voluntad del cual todo llega en este mundo y bendecirlo por todas las cosas, cualquiera que sea la criatura que sirve de instrumento a su voluntad. No hay que ser como las niñas que no pueden ver al doctor, porque una vez le mandó una medicina muy desagradable. ¡No es porque el señor Gouraud no les quiera porque les da aceite de higado de bacalao!

Debemos sufrir todo en este mundo y si los contratiempos y las contrariedades no nos llegan de esa persona, nos llegarán de otra. Es necesario tomarla como una pequeña medicina. Si el primer movimiento es un poco natural, lo cual nos pasará siempre a menos que tengan un grado extremadamente elevado de perfección, es necesario que el segundo sea una aceptación generosa de la pequeña cruz que Dios nos envía. ¿Es qué Nuestro Señor no ha hecho como esa tierna madre que probaba el brebaje que presentaba después a su hijo? El ha bebido el cáliz hasta las heces en su amor excesivo. ¿No debiéramos estimarnos demasiadas felices cuando se nos permite acerca a los labios la copa de la amargura que él bebió toda entera? Y la única cosa que hay que hacer es tomar una firme resolución: estar

¹ Ps. 118,71

² Lc. 7,47

determinadas una vez por todas a sufrir todo lo que se presentará en nuestro camino. "¡Qué quieres, cuerpo mío, es necesario pasar por ahí! ¡Después de un poco de trabajo vendrá el descanso eterno!" Es así como hacía santa Catalina de Génova. Cuando curaba los enfermos sentía una repugnancia particular a vendar las úlceras, ella aplicaba normalmente sus labios a las llagas. Si actuáramos así, estaríamos menos perturbadas y haríamos en cinco años más progresos en la virtud que se hace en quince o veinte o incluso toda una vida un alma débil y floja. Si llega a ocurrir que las mandan a una casa cuya superiora les disgusta, tanto mejor. Si no sabemos soportar las pequeñas cruces, fracasaremos infaliblemente ante las mayores.

Un santo sacerdote me ha dicho que había conocido personas que, por haber despreciado las pequeñas pruebas, había sufrido a continuación otras terribles y no se había conducido con la fuerza y la resignación que habría podido adquirir. El mismo hizo la experiencia de esta severa verdad y habiéndola una vez predicho a una religiosa, tuvo el dolor de ver su predicción realizarse. Ella que no podía someterse a ninguna mortificación aunque fuera leve, fue creó, expulsada de la casa donde estaba, enviada en otra y destituida de su cargo.

Resumamos con éstas palabras que es mejor amar a los que nos hacen el servicio de advertirnos de nuestras faltas o de hacernos practicar la virtud. Y según san Francisco de Sales, comprendamos que debemos unir todas las repugnancias e inclinaciones con la cadena de oro del santo amor de Dios.

αααααααα

VII. - INSTRUCCION

“Si ellas quieren saber hasta dónde debe extenderse esa caridad y cuáles son los testimonios que debemos darnos las unas a las otras, que consideren la vida entera de Jesucristo, y que recuerden que Él nos ha dejado el mandamiento de amarnos como él nos ha amado y que a esa sello solamente nos reconocerá como sus discípulos. Que todas las repugnancias, que todas las heridas, que todas las frialdades, que todos los atractivos naturales, todas las afectos particulares desaparezcan de sus almas ante ese peso inmenso de la caridad de Jesucristo que las empuja a ser todas a todas...””

Es necesario no solamente amar a nuestras hermanas de un amor tierno, sino amarlas a todas con mismo amor que Nuestro Señor nos ama, es decir por su bien, tener un corazón de apóstol. A menudo me he extendido sobre el honor que debemos tener como llamadas a extender el reino de Nuestro Señor en las almas, en las misiones también por todas nuestras obras, porque es ese el objetivo de nuestro instituto. Hoy creo inútil impulsarlas más a dar gracias a Dios de un tan gran favor.

¿Hasta dónde, hijas mías, se extenderá su caridad? Abran el evangelio y tomen el Crucifijo. Deténganse después donde Nuestro Señor se detuvo. Descendió del cielo, él, la santidad misma delante del cual ni los cielos son puros, ni los Ángeles están excepto de impurezas. Se hizo carne en el seno de una virgen. “Se hizo pobre para ser humillado, se humilló para ser crucificado” (Bossuet). Después de esto comparen sus repugnancias con las de Nuestro Señor. ¿Cuál era el estado de los judíos en el momento de su venida? Roma estaba igual que Sodoma y de Gomera por sus iniquidades. ¡Qué desprecios no tuvo que sufrir de esos hombres carnales que no esperaban más que un Mesías victorioso con la espada y el sable! Atrevámonos a decir después que tal persona nos desagrade excesivamente y que no estamos obligadas a amarla, que después de todo, no le deseamos ningún mal.

Es perder el tiempo, ya lo ven, hermanas mías, que de detenerse a todas estos matices, se los digo por experiencia propia. Es un gran obstáculo para la santidad y eso es nocivo para la vida interior, a la vida de oración que debemos tener, ocuparnos de tal palabra, de tal mirada que nos choca en una, que nos gusta en la otra, etc.

Uno no puede elevarse hacia Dios más que a condición de no apegarse a la tierra y de sacudir el polvo que podría pegarse a nuestros pies.

“La caridad de Jesucristo nos urge”¹

asi es la palabra de san Pablo. Hay una congregación que la ha tomado como divisa. La encontraran quizás un poco indefinida, pero por ahí mismo, puede aplicarse a todas las buenas obras de la vida cristiana, a todos los sacrificios de la vida religiosa, y más todavía a la vida apostólica de una hija de la Asunción.

αααααααα

¹ 2 Cor. 5, 14

VIII. - INSTRUCCION

Aunque ya hemos dicho en la última instrucción que debíamos acallar todo atractivo natural, voy a detenerme a esa frase de nuestra Regla: "Que todo afecto particular desaparezca..."

Sí, hermanas mías, si duro que eso nos aparezca, es necesario sin embargo confesar una vez por todas que el objetivo de esos pequeños atractivos naturales y particulares no es nunca otra cosa más que el "querido yo". Pero ¿están confirmadas, dirían, por el ejemplo de Nuestro Señor mismo? Sin duda, pero si la pureza, el amor tierno había hecho de san Juan, el discípulo Amado del Salvador, ¿creen que porque él era el discípulo Nuestro Señor lo amaba, tuvo necesidad de estar siempre con el divino Maestro, de hablarle a solas? ¿Le impedía ser todo a todos, al más miserable pecador lo mismo que a los que le eran más agradables? De otra manera, ¿habría podido fundar Nuestro Señor una sociedad cuyo objetivo es procurar la gloria de Dios y la salvación del prójimo?

No lo crean, por el contrario, amaba a todos y por aquellos que tenía mayor preferencia, se daba después todo a todos, por ejemplo, santa Catalina de Siena. Después que vivió durante tres años en la soledad y el silencio, absorta en Dios, llena de sus favores, Nuestro Señor le ordenó que fuera al mundo. Como ella lloraba mucho y que le costaba dejar su retiro, comprendió que Nuestro Señor no estaría jamás satisfecho hasta que hubiese contribuido a la salvación de las almas. Es así como debe ser para nosotras.

Si una superiora, una maestra de novicias tiene alguna preferencia, debe servirse de ese sentimiento para inspirar a sus hijas más generosidad y amor del sacrificio. Si aman más a una hermana que otra reconocerán fácilmente si ese amor viene del amor propio o si tiene su fuente en Dios, cuando después de haber pasado algunas horas con ella, se sienten inflamadas por el servicio de Nuestro Señor, dispuestas a despegarse de todo, de esa persona misma para ir en misión, más dispuesta a vencerse, etc.

Y ese debe ser el fruto de la unión de una comunidad, pues se ve que en todas las órdenes donde se introduce la división, hay menos poder para hacer el bien, menos espíritu de sacrificio. Y eso se comprende, cada uno buscando su propio gusto, su propio interés.

Creo haberles ya señalado algunos faltas que se pueden hacer contra la caridad. La murmuración es lo más grave y desgraciadamente en lo que se cae con más frecuencia. Todas esas pequeñas quejas que uno hace contra las hermanas, sin detenerse mucho, es verdad, son sin embargo murmuraciones: "hermana tal no nunca es exacta al Oficio, no se puede contar con ella; esta siempre tan ocupada que uno no puede pedirle un servicio, etc". En lugar de hacer éstas confidencias caritativamente una a la otra, ¿por qué no dirigirse a la superiora que puede o excusar a la hermana o corregirla? O más todavía después de haber pedido el permiso requerido para advertir a la hermana a la superiora, ¿por qué no ponerse de rodillas, ya sea en el comedor ya sea en la obediencia, y advertir de su falta en la caridad de Jesucristo?

¡Ah!, es que no es agradable hacer las advertencias, uno prefería ser advertida mil veces que hacer una advertencia una vez y entonces uno falta a la caridad! Sería necesario sin embargo, saber dar esta prueba de afecto a nuestras hermanas. A propósito de esto que deberíamos siempre excusar al prójimo, me acuerdo de esa historia de una santa del mundo, delante la cual uno no se atrevía a pronunciar la menor palabra contra la caridad. Un día sin embargo, uno se aventuró hablar mal del diablo, diciendo que no tenía más que lo que merecía, metiendo todo el mal que se comete sobre él, etc. ¿Qué creen que dijo? "Ah, no es bastante desgraciado ya el pobre diablo, para que hablen mal de él!"

Hay una niña en clase que podría citar como un ejemplo en lo que se refiere a la caridad. Es servicial, de una generosidad natural, es verdad, pero ¿han visto alguna vez a Ceceile Franchome¹ murmurar, quejarse de alguien criticar sus maestras? No, ella ve todo bien, toma todo del lado bueno, se diría que vive con los Ángeles. Si ese natural feliz no se da, se puede adquirir por la costumbre de vencerse, de no dar curso a ese fondo de malicia, que nos lleva a ver la paja en el ojo de nuestro hermano ya saben que la costumbre es una segunda naturaleza.

Nos aplicaremos todas a una virtud en particular, ya sea la obediencia, la exactitud, el silencio. Desearía que la virtud de las hijas de la Asunción sea por encima de todo la caridad: la caridad que es Dios. "Charitas Deus est" y que hacía decir a san Juan el apóstol:

"Hemos nacido de Dios..." "Quien ama ha nacido de Dios".²

αααααααα

¹ Cécile Franchome llegó al internado de Chaillot a la edad de 13 años en noviembre de 1852. Ella se quedará hasta el mes de julio de 1854.

² 1 Jn. 4,7.

IX. - INSTRUCCION

“Que teman soberanamente las menores cosas capaces de herir la caridad. Que estén continuamente atentas no decir nada, hacer nada que pueda ser descortés hacia sus hermanas. Si sienten alguna disposición menos afectuosa para alguna de entre ellas, que se hagan los más vivos reproches, que se sientan con más obligación incluso que con las otras y cuiden más su amistad.”

Como es sobre todo durante el recreo que uno puede herir fácilmente la caridad, voy a hablar les de nuevo de la manera que se debe estar, aunque eso ya ha sido tratado en varias instrucciones.

Nosotras hemos convenido que vendrían con un rostro abierto e inocente: toda tiesura será desterrada, nada de aires cerrados y fríos. Que estén tristes, aburridas o contrariadas, no es necesario por eso molestar a las demás. No es necesario tampoco hacer apartes, sentarse cerca de una hermana y hablar con ella de cosas que no interesan más que a ustedes dos, mientras que las vecinas de izquierda y de derecha bostezan hasta las orejas; tampoco inclinarse hacia una hermana como si quisierais excluir a toda otra de la conversación. Esta observación es no solamente contraria a la caridad, sino a la simple educación. La siguiente es del mismo orden: no se debe interrumpir una conversación general hablando demasiado alto, etc. Cuando una niña hace eso, uno la saca de la clase para que juegue a su gusto. Hay un convento donde las novicias están en una sala a parte para reír y conversar.

Comprenderán, hermanas, que es necesario que tengamos el conocimiento de ciertas cosas que se pasan alrededor de nosotros en el mundo católico, a causa de nuestras relaciones con los países extranjeros. Ganamos mucho escuchando a las personas instruidas cuyo juicio es bueno y quienes al mismo tiempo son amables y de una conversación agradable. Nuestros intercambios con el Padre Combalot nos eran primeramente muy útiles, no que él fuera muy sabio, sino porque él estaba muy ligado a personas distinguidas y nos repetía sus ideas. Yo estaría muy de acuerdo, así como algunas de nuestras hermanas, hablar de política, de los asuntos religiosos, etc.. a causa de las relaciones más directas que tenemos con la gente que se ocupan de esas cosas, lo haría con más frecuencia si hubiera menos ruido, y si fuera más fácil establecer una conversación general!

Ya ven, en general, aquellas que no escuchan con el mismo gusto son aquellas que menos les gusta leer. ¿No sería mucho más seguro para todas evitar el esfuerzo de leer muchas páginas sobre España, escuchando un poco cuando a todo el mundo le cuesta gusto a hacerlo? Hay a propósito de esto, una palabra encantadora de san Francisco de Sales: “Si toda la comunidad ríe, decía él, yo también me pondría a reír, incluso aunque no supiera porque”.

Regreso a la caridad. Les hablaba de apertura, de la amabilidad exterior. Aunque nos parezca vergonzoso, el mundo puede servirnos de ejemplo, pues en un salón uno ve casi todos los rostros sonrientes, amables. Recuerdo a mi madre al hablar les así. Ella tuvo a menudo grandes dificultades. A pesar de ello, nunca escuché una palabra desagradable. Y si mi hermano y yo, hablamos cerca de ella por la noche, no nos pareció nunca estar demasiado cogida por la tristeza o preocupada para no estar cercana. No, ella tomaba parte en nuestras conversaciones.

El general que vimos hoy por la mañana me dijo que su mujer tenía un cáncer en el seno, él no se dio cuenta más que la víspera de su muerte y todo el mundo estuvo muy sorprendido de verla en el estado en que ella se encontraba. No agregó nada a ésta característica. Los santos, entre otros la hermana de santa Juana de Chantal, siempre se aplicaron a reprimir todo signo exterior de sufrimiento.

¿Por qué entro en todos estos detalles? ¿Cuáles son ordinariamente las causas de nuestros malos humores, de nuestras contrariedades? La salud, algunas veces un día de lluvia, un cielo oscuro que nos hace seguir la corriente del tiempo. Eso llega ocurre a menudo en las comunidades. Un sacerdote decía un día: “¡Ah! Llueve, voy a encontrar las Carmelitas desconcertadas”. Se cita las Carmelitas porque ellas están más en soledad que otras comunidades. Les hago esta observación, porque la he escuchado de muchas personas. Todos los hombres están persuadidos, sacerdotes y doctores igualmente.

Otras causas de fastidio: no se pudieron confesar al momento que lo deseaban, el sacerdote que les iba. ¿Después de todo por qué nos confesamos? Espero que no tienen pecado mortal todos los días. Es entonces para borrar las imperfecciones voluntarias que tienen la desgracia de cometer, hagan penitencia. Y ¿por qué, les suplico, no practican la que les ofrece? Hay una muy buena es esperar una hora o más cuando nuestros pequeños arreglos no dan resultados. He ahí una causa del malhumor peor que los demás. En las comunidades donde la comunión se hace una vez por semana, uno la quiere hacer dos. En aquellas donde se hace dos veces, uno quiere hacerla tres. En aquellas

donde la hacen tres veces, uno quiere cuatro. Y en las comunidades como la nuestra, que tienen el honor de comulgar cuatro veces por semana, uno se desconsuela de haber faltado una, aunque no sea su culpa.

De este modo, llegan a la misa comenzada, no pueden comulgar, están detenidas en el camino de la perfección, permanezcan ahí. Santa Teresa se revelaba mucho contra ese abuso. ¿Cómo, Nuestro Señor, Dios mismo entró ayer en su miserable ser, descansará mañana, y no son lo suficientemente fuertes para soportar una contrariedad? San Francisco de Sales, cuando hacía sus estudios, no comulgaba más que una vez por semana y sin embargo era bien santo ya. Santa Margarita del Santísimo Sacramento no podía comulgar durante su última enfermedad, y cuando le preguntaban si estaba triste, contrariada por ello: "Cuándo no puedo poseer el cuerpo y la carne en la Santa Comunión, lo encuentro en la Cruz! Tal era su respuesta y tales deberían ser sus sentimientos. Santa Teresa queriendo corregir a una de sus religiosas del abuso que hacía del sacramento del altar, le impidió comulgar todos los días, a lo que le respondió que no podía vivir. "Bien, moriremos juntas", le dijo. Pues bien, ni la una ni la otra murieron.

Regreso siempre a la gran cortesía de las personas bien educadas, pero quiero hacerles bien sentir la diferencia con aquella que nosotras religiosas, debemos tener. Es que la de ellos no es más exterior y la nuestro debe ser una cortesía, una amabilidad que cubre los defectos del prójimo, no solamente cuando estamos con él, sino incluso después. Tenemos más libertad que la gente del mundo en ese sentido que tenemos 1h1/2 de oración durante la cual descargamos nuestras penas cerca de Nuestro Señor, tenemos nuestras superiores, mientras que algunas veces ellas están obligadas a tener buena cara desde la mañana hasta la noche. Una de nuestras hermanas de la Tercera Orden me contaban el otro día que habiendo tenido una gran humillación verdaderamente grande en la mesa, aprovechó la primera ocasión que tuvo para dejar a las personas que estaban con ella y se fue a su cuarto par poder decir un Te Deum.

¿Qué recompensa Dios no dará a los que así habrán tomado todo en buena parte de un corazón alegre y generoso, cuando él no olvida ni un vaso de agua dado en su nombre? Y no se tomen en eso como unas grandes víctimas; den de buen corazón, vayan encontrar Nuestro Señor cuando se sienten conmovidas, contrariadas, díganle: "Es verdad, Dios mío, he ahí una ocasión de dejar ir a mi naturaleza susceptible, pero por tí la abrazo con alegría".

El las escuchará su Señor, les hará encontrar la paz en los pequeños sacrificios, y ustedes saben que la paz del Señor es la única verdadera.

αααααααααα

1855

- 19 de enero: **Decreto Laudativo** dado por Roma a la Congregación, después de la presentación de los Estatutos. En junio, ese Decreto será transformado en **Breve** firmado por el Papa.
 - Marzo: El Padre de Bouillierie, Superior eclesiástico, fue nombrado obispo de Carcasonne. Monseñor Sibour (Obispo de Trípoli) le sucede. Él ha sido ya Superior eclesiástico de 1849 a 1852.
- Marzo mayo: Periodo ocupado por los proyectos de venta de Chaillot y la compra de otra propiedad.
 - 14 de junio: matrimonio de Louis Milleret et de Matilde de Touzon, en la capilla de Chaillot.
- 24 – 31 de julio: Estancia del Padre d'Alzon en París, él encuentra al Padre Gay que Madre María Eugenia quisiera que entrara con los Padres.
- Septiembre: Visita de la propiedad de la Thuilerie en Auteuil, y decisión de compra.
- 21 de octubre: Viaje de Madre María Eugenia para la fundación de Nîmes. Regresa el 28.
- Final de octubre: El Cardinal Wiseman pide una fundación en Londres.
- Octubre – noviembre: Proyectos de construcción cerca del castillo de la Thuilerie (arquitecto Verdier). Multiplicación de trámites para obtener del Gobierno la aprobación de la Congregación.
- 6 de diciembre: Viaje de Madre María Eugenia para Nîmes. Ella se quedará hasta el 27 y pasará la tarde de ese día en Lavagnac, propiedad de los Alzon. Ella encuentra al Padre y asiste a su Misa al día siguiente.
- 31 de diciembre: Por consejo de Monseñor de la Bouillierie (Carcassonne), Madre María Eugenia va a Sorèze, donde el Padre Lacordaire ha fundado un colegio. Ella lo encuentra y habla con él de una fundación de la Asunción en Montolieu, no lejos de Sorèze. El proyecto no se realizará.

αααααααα

Madre María Eugenia va a Nîmes en octubre para la fundación de la primera casa de Adoración. (Cf. Orígenes III, cap. XV). Ella regresará en diciembre y pasará las fiestas de Navidad. Tendrá el capítulo los días 21, 22 y 24 de diciembre. Las Hermanas guardaron algunos recuerdos. Nosotros hemos agregado los títulos.

SEGUIR A NUESTRO SEÑOR EN UNO U OTRO DE SUS MISTERIOS

Nîmes, 21 de diciembre de 1855

Hermanas mías,

He deseado reunirlos para hablar de la perfección a la cual deben tender de una manera más particularmente en ésta casa. Saben que el designio de la Congregación ha sido que ésta fundación de Nîmes pueda ser como un segundo noviciado para las hermanas jóvenes que vendrían a formarse más perfectamente en el espíritu de Nuestro Señor y al mismo tiempo a la enseñanza, y que fuera un retiro para las más antiguas.

No saben cuánto tiempo van a quedarse, y deben aprovechar el que tienen y las gracias particulares que les son dadas, para avanzar en la vida interior. Piensen pues la gracia inmensa de tener a Nuestro Señor ahí, continuamente expuesto para siete u ocho pobres hermanas! ¿Qué quiere él, sino imprimirse en ustedes? Él está ahí, mirándolas amorosamente. Su boca está ahí, su costado abierto está ahí, sus manos atravesadas están ahí, sus pies también están ahí, con las llagas que le han hecho, están bajo su aliento divino. ¡Quiere animar sus almas! Crezcan bajo su mirada divina. Dejesen penetrar por la efusión de sus gracias que Jesús derrama sobre ustedes.

Si son fieles, Jesucristo en el Santísimo Sacramento les hará pronto conocer cuál es ése misterio por el cual deben seguirlo. Una será atraída por la Santa Infancia. Pues bien, aquella de entre ustedes que tenga ésa devoción al Niño Jesús, que sea obediente como él, escondida como él, sencilla como él, recogida como él. Otra amará la vida de Nazaret. Aquí, ¿no tienen la vida de Nazaret? Sé obediente en Nazaret, se hacia silencio en Nazaret, se reza en Nazaret. ¡Qué unión en la Sagrada Familia! ¡Qué dulzura! ¡Qué caridad! Si aman la vida escondida de Jesucristo, es la que tienen, porque están desprendidas de todo cuidado exterior para no ocuparse únicamente más de la separación de todas las cosas y de ustedes mismas para unirse a Jesucristo. Deben aprovechar el tiempo que les he dado para un retiro más grande, las gracias que recibirán para vivir interiormente con Jesucristo en el silencio y la oración.

Algunas tendrán quizás devoción a la vida pública de Nuestro Señor y ese misterio les conviene también, aunque menos directamente, pues la vida pública de Nuestro Señor es el Evangelio, son las enseñanzas y es una bien bella devoción esa de Jesús Maestro. Es la devoción de Magdalena y de las santas mujeres. Ellas seguían a Jesús, escuchaban su Palabra y la practicaban. Aquellas que están atraídas a esa parte de la vida del Salvador deben penetrarse de las palabras del Evangelio y ponerlas en práctica. En fin, poco importa el misterio por el cual Nuestro Señor las atrae. Pero lo que importa mucho, es que vivan la vida interior en uno u otro de los misterios.

Que no se levanten, porque tiene la costumbre de levantarse cuando la campana toca. Que no obedezcan, que no digan el Oficio, por costumbre. Que no bajen al comedor porque es la hora. Si no que la obediencia dirija sus acciones, porque Nuestro Señor ha sido obediente en todas las cosas. Cuando trabajen, ocúpense de Jesús, de sus obras, de sus operaciones en las almas. Cuando dicen el Oficio, que sea en unión con uno de los misterios del Salvador o de la alabanza que dirige continuamente a su Padre.

Quizás no sientan enseguida un atractivo particular. Pues bien, pueden tomar cada día un misterio para cada día de la semana, como yo hacía en los comienzos. Por ejemplo: el lunes, el misterio del nacimiento; el martes, el de la infancia; el miércoles, de la vida oculta; el jueves, del Santísimo Sacramento; el viernes, los sufrimientos; el sábado, su obra en el alma de la Virgen María y de las santas mujeres; el domingo, su vida gloriosa y su vida en la Iglesia.

Tendría que continuar ese tema mañana, porque nunca se insiste bastante, Hermanas, sobre la necesidad que tienen de trabajar seriamente a formar esa vida interior en ustedes. Están obligadas por vocación especial.

αααααααααα

IMITACION DE NUESTRO SEÑOR EN SU VIDA EN EL SANTISIMO SACRAMENTO, SU VIDA EN LA GLORIA Y SU VIDA EN LA IGLESIA

Nîmes, 22 de diciembre de 1855

Hermanas mías,

Les hablo hoy de varios misterios por los cuales pueden ser llevadas a imitar a Nuestro Señor.

Primeramente su vida en el Santísimo Sacramento. ¿No encuentran ahí el modelo de toda la perfección religiosa? Miren la obediencia de la Sagrada Forma. Que ya sea tal o tal sacerdote, quien la consagre, que la lleve, se deja hacer. Puede ponerla en los labios de un sabio o de un ignorante, de un santo o de un indigno. La Santa Hostia se da a quien el sacerdote la quiere dar, no pone ninguna resistencia.

Hay todavía otra enseñanza. En el Santísimo Sacramento no vean más que el pan y creen firmemente que Nuestro Señor está escondido bajo esas apariencias, aunque sean débiles y miserables. Lo mismo, Hermanas, los superiores son sacramentos, y en las ordenes que los superiores dan, las advertencias, los avisos que ustedes reciben, no deben detenerse en las apariencias, aunque endebles y miserables que puedan ser.

Si no deben mirar a Jesucristo escondido detrás y creerlo ahí, como lo creen en el Santísimo Sacramento. Así una religiosa imperfecta, muy imperfecta de verdad, podría pensar: "tal razón hace actuar a la superiora, es un consejo que le han dado, ella no conoce bien la cosa; puede equivocarse". Para ustedes, poco importa lo que anterior, poco importa que se lo hayan dicho o aconsejado, poco importa que sea tal o de tal manera. La apariencia no es nada, Jesucristo está ahí.

Veán también que espíritu de anonadamiento. Algunos granos de trigo son suficientes para que Nuestro Señor descienda sobre el altar a la palabra del sacerdote. ¡Qué recogimiento! ¡Qué humildad en la Sagrada Forma! Nuestro Señor no habla exteriormente. No da ningún consejo, se deja ultrajar, insultar. ¡Qué abnegación! ¡Qué abandono! Esas virtudes deben ser el fundamento de la vida interior, la cual es una vida de separación. Nuestro Señor está ahí, no para él sino para nosotros. Vive para nosotros en la Sagrada Forma. Vivamos así también, no para nosotras, sino para los demás. ¡Cuánto está solo! ¡Qué espíritu de soledad y de oración! En esas largas horas de soledad y de abandono, la noche, ¿qué hace? Ora a su Padre, intercede por nosotros, mientras que nosotros dormimos. Y si nos despertamos. ¿Pensamos en Él enseguida? ¿Es él siempre nuestro primer pensamiento?

¡Qué espíritu de pobreza en la Sagrada Forma! Si el altar donde lo hacen bajar es rico, desciende, y porque no está apegado, puesto que lo pueden llevar donde uno quiere. Si el altar está despojado de todo, Jesucristo desciende con la misma felicidad. Y eso no es nada en comparación con la pobreza de los corazones.

¡Qué espíritu de sacrificio en la Sagrada Forma! Es un misterio que uno adora pero que lo comprende raramente. Felices las almas por las cuales la alegría no está más que en el sacrificio, en los sufrimientos.

Cuando uno ha comprendido ese misterio, es necesario permanecer, es inútil buscar otro. En ese sacramento Jesucristo continúa siempre el sacrificio que él ha ofrecido una sola vez. Es la Víctima ofrecida por los pecados del mundo, colocado entre el cielo y la tierra para obtener la misericordia. Pues, Hermanas, ¿no mezclaremos, como dice el Padre d'Alzon, un poco de sangre de nuestra voluntad a la del Cáliz? ¿No nos ofreceremos para el sacrificio con Jesucristo, por nuestros propios pecados primero y, por aquellos de los demás a continuación? Ninguna de nosotras no puede decir que no ha cometido pecados mortales. Sabemos ciertamente que hemos cometido varias veces pecados veniales con consentimiento. ¿Y qué es cometer pecado venial con consentimiento? Es decir a Dios: "No obedezco". Pues, Hermanas, no conviene que una esposa de Jesucristo deje a su Esposo llevar la expiación de sus faltas. Es necesario que se ofrezca ella misma, que sufra ella misma, entregándose al espíritu de penitencia.

Jesucristo está también en la Sagrada Forma en espíritu de adoración y de alabanza por su Padre. Es un espíritu que debe ser el de ustedes que ése espíritu de adoración por nuestro Padre celestial sea en unión a su Hijo. Espíritu de adoración que deben tener en sus oraciones, en el Oficio. Rezar, en espíritu de adoración; obedecer, en espíritu de adoración; trabajar en espíritu de adoración. Pueden hacer todas sus acciones en este mismo espíritu. Si se acostumbran a vivir así interiormente, encontrarán una gran ayuda para decir bien el Oficio, lo que deseo mucho. Acostumbrense a decirlo en unión de un misterio de Nuestro Señor o en unión de su propia adoración

Tengo que hablarles todavía de dos vidas de Nuestro Señor: su vida en la gloria y su vida en la Iglesia.

Después de la Ascensión Nuestro Señor vive glorioso en el Cielo. Es un estado de gloria en el cual uno piensa poco, y sin embargo, puede ser bien provechoso. Es un estado de alegría y de felicidad. Las almas que se sienten atraídas deben vivir en la paz y la calma, porque es la unión a Dios y el reposo perfecto.

Pero Jesús vive también en el Papa, sucesor de san Pedro, y no solamente en él, sino en toda la Iglesia como dice esta palabra:

“Estaré con ustedes hasta la consumación de los siglos”¹

Preside y habla por el Santo Padre. Pero en el pensamiento de Jesucristo, la Iglesia entera es su cuerpo místico y cada fiel uno de sus miembros. Esto es un gran consuelo para nosotros, pues las religiosas deben ser el corazón, es decir el sentimiento. ¡El sentimiento de Jesucristo! ¡El afecto de Jesucristo!

Pues, hermanas, ¿podemos soportar la idea de ver quemar uno de los miembros de Jesucristo? ¿De ver sufrir a Jesucristo? ¿Y este pensamiento de los miembros de la Iglesia que son los miembros de Jesucristo no debe llevarnos al espíritu de celo y de penitencia?

En primer lugar para ustedes mismas. Desprendidas de todo cuidado exterior, podrán entregarse más al espíritu de penitencia, se gastan menos por el servicio del prójimo, deben entrar en un gran espíritu de celo a través de la expiación.

Pues no están solas. Faltaría al objetivo de la Congregación, no responderían a su vocación si no fueran víctimas de penitencia. Creían que Dios ha hecho milagros para traerlas hasta aquí, por ustedes solas? Ustedes están por toda la Congregación, están también como holocaustos, colocadas entre la ciudad de Nîmes y el cielo.

αααααααααα

¹ Mt. 28,20

SOBRE LA REGLA DE SAN AGUSTIN

Nîmes, 24 de diciembre de 1855

Nuestra Madre General hace leer por medio de nuestra Madre Marie-Wulburge los dos primeros puntos de la Regla de san Agustín. Después de esta lectura Nuestra Madre General nos dice:

Tengo la intención de hacerles comprender, Hijas mías, la necesidad en la cual están de practicar fielmente la Regla. No teniendo ningún contratiempo que ocasionalmente los empleos con las niñas, la Congregación espera que sean modelos de regularidad para establecer aquí una casa de retiro para un segundo noviciado.

Un Santo Papa decía que si le probaban que un religioso había cumplido siempre, constante y fielmente su Regla lo canonizada sin otra prueba. Pongan atención a estas palabras: constante y fielmente. ¿Podemos decir que tenemos siempre el cumplimiento fiel y constante de nuestra Regla? Sin embargo, no hay nada difícil en nuestra Regla, al menos cada cosa tomada separadamente no es difícil, y estamos encargadas de practicar la Regla de san Agustín y las Constituciones de la Congregación.

Deseo pues que se penetren mucho de su Regla, que amen meditarla, que tomen el espíritu, que sean reglas vivas. Las primeras palabras de nuestra Regla son estas: "Ante todo, que Dios sea amado y después el prójimo"

Una religiosa que tenía también la regla de san Agustín entraba en éxtasis cada vez que pensaba "ante todo, es necesario que Dios sea amado y luego el prójimo". El espíritu de la Regla de san Agustín es pues un espíritu de caridad. Cada orden tiene su espíritu distintivo. Los jesuitas tienen el espíritu de obediencia. "Que los otros, decía san Ignacio, los sobrepasen en austeridades, en ciencia, yo lo acepto. Pero en obediencia, nadie debe sobrepasarlos." Así la Regla de san Ignacio tiene señalado que los superiores deben ser duros y severos para dejar más mérito a la obediencia.

El espíritu de los Dominicos es un espíritu de celo y de mortificación. También los religiosos deben darse frecuentes y rudas disciplinas y hacer muchas penitencias.

El espíritu de san Benito es un espíritu de silencio y de oración. También en la Trapa decía un maestro de canto: "Aunque esta carga sea muy pesada y que varios habrían muerto llenándola, esto no debe impedir aceptarla puesto es su Regla de consagrarse por la oración y para dar a los oficios más piedad y solemnidad." En esos monasterios no se habla más que por señas, y no hay ninguna recreo.

En un monasterio de Cartujos, donde hay un espíritu de soledad, unos religiosos estando a punto de morir, sus hermanos estaban en la celda vecina, sin atreverse a dejarlo y al mismo tiempo no queriendo hacerle faltar al espíritu de su Regla.

Ya ven, Hermanas, que cuesta seguir el espíritu de una Regla. Insisto en ello para hacerles comprender, que si les cuesta algunas veces practicar ese espíritu de caridad ante todo, no deben dejarse intimidar por la dificultad y deben también estar listas a soportar hasta la muerte, más bien que faltar a ese espíritu.

Me preguntarán quizás ¿cómo cumplir esa Regla? En sus Constituciones se lo enseñan en el capítulo de la Caridad y las relaciones mutas. Toda comunidad tiene una Regla, y luego las Constituciones que le son propias e indican de que manera deben cumplir esa Regla. Sin ninguna duda, los religiosos que están consagrados a defender los Santos Lugares bajo la Regla de san Agustín no deben practicar ese precepto del amor de Dios y del prójimo de la misma manera que ustedes lo deben hacer. Las Constituciones son la explicación de la Regla.

Nuestra Madre insiste particularmente sobre las características de la caridad descritos por san Pablo. La verdadera caridad es dulce, es paciente. Santa Chantal, nos dice Nuestra Madre, había hecho escribir en el lugar más frecuentado de su convento esos caracteres de la verdadera caridad y se complacía en leerlos y meditarlos.

Ya ven pues lo que deberan ser, hijas mías, y si faltamos a esas cosas marcadas por nuestra Regla y nuestras

Constituciones, faltaremos a nuestros compromisos.

Tendrán con frecuencia que practicar la caridad en las relaciones entre ustedes, sobre todo con las que tienen más relaciones, con las hermanas de la Tercera Orden y las señoras que vienen aquí hacer los retiros. No les faltaran ocasiones de ejercitarse haciendo abnegación de ustedes mismas. Pidan mucho en las adoraciones ese espíritu de caridad para crecer cada día en ese ardiente amor de Dios y del prójimo.

αααααααα

1858

La propiedad de Auteuil se compró en 1855, la primera piedra del Monasterio se colocó en abril de 1856, y la inauguración, se celebró el 10 de agosto de 1857.

- 11 de febrero: Comienzo de las apariciones de Lourdes.
- 15 de febrero - comienzos de marzo: Madre Maria Eugenia esta en Nîmes.
- 10 de mayo: Madre Maria Eugenia comienza su retiro en Auteuil cerca de Sor Marie-Ligouri, una de las primeras misioneras del Cabo, moribunda.
- 14 de mayo: Muerte de Sor Marie-Ligouri.
- 20 de mayo: Final del retiro de Madre Maria-Eugenia.
- Junio: Viaje de Madre Maria-Eugenia a Londres y a Richmond.
- 2 - 19 de julio: Estancia del Padre d'Alzon en Paris.
- Agosto - septiembre: Presencia en Auteuil de las Hermanas venidas para el **Primer Capítulo General:** superioras y delegadas de Richmond (1850), Sedan (1854), Nîmes (1855), Londres (1857) (Cf. Origenes IV, c. II).
- 22- 30 de agosto: Retiro predicado por el Padre Enjelvin.
- 2 de septiembre: Bajo la presidencia del Padre Darboy, Superior eclesiástico, **Madre Maria Eugenia es elegida Superiora General de por vida.**

Después del Capítulo, durante todo el mes de octubre, Madre Maria Eugenia estará muy ocupada. Se prevé la construcción del Monasterio de Nîmes donde ella deberá ir al principio de noviembre. Pero será retrasada por una infección de la laringe y una tos persistente. El 14 de noviembre podrá tener el Capítulo en Auteuil. Ella marchará a Nîmes el 17 de noviembre y regresará a Auteuil a principios de diciembre.

αααααααααα

SOBRE LA CONSAGRACION DE LAS IGLESIAS

Auteuil, 14 de noviembre de 1858

Esta fiesta, mis queridas hijas debe ser particularmente querida por una religiosa; es la fiesta de la Iglesia cuyos templos no son más que la imagen, de esta esposa de Jesús, bella, pura e inmaculada que debemos todas amar, nosotras sobre todo que compartimos con ella, ese bello título de esposas de Jesús. En el cielo solamente podremos apreciar el honor de llevar un tal nombre, honor que los ángeles nos envidian. Seamos pues, como la Iglesia esposas fieles, castas e inmaculadas, que todas las palabras que el Espíritu Santo le dirige nos puedan ser aplicadas, meditémolas con amor.

Recuerden también que los cristianos son las piedras vivas de la Iglesia, que representa en el plan del divino arquitecto, esas piedras deben ser formadas y talladas por el martillo del sufrimiento. Entréguese así, pues, mis Hermanas, a la acción de Dios sobre ustedes, dejen al Señor tallar sus almas como le plazca a fin de ser como piedras de esmeraldas y de zafiros que sostienen los muros de la Jerusalén celestial. Que esta fiesta de la Jerusalén de la tierra las hagan levantar los ojos hacia la Jerusalén del cielo de la que la primera no es más que la figura. Y luego piensen a la felicidad que tienen como religiosa de vivir al lado de la iglesia y de vivir todos los días bajo el mismo techo que Nuestro Señor; aprecien esta gracia y agradezcan mucho Nuestro Señor. Piensen a menudo en su presencia en medio de ustedes, muchas veces en el día que sus ojos se vuelvan con amor hacia la capilla, vayan siempre con una gran prisa y una gran alegría, y para penetraros de la santidad de ese lugar y del respeto que le es debido, leed las palabras del Iglesia en el oficio de este día y meditenlas con mucha fe y piedad.

αααααααα